

Sueños redondos

Gonzalo Medina Pérez

Resumen

Aquí está la historia de dos hermanos que desde pequeños han estado unidos por la pasión por el fútbol y el sueño de convertirse en futbolistas profesionales; eso los lleva a hacer un pacto. Cuando uno de ellos está muy cerca de lograrlo, se cruza en su camino un imprevisto que pone a prueba la firmeza de aquel pacto. Después, el rumbo que toman los sucesos pone en vilo a los habitantes de Los Santos, el pueblo de estos muchachos. El relato se convierte en un testimonio de pasión por el fútbol y de cómo éste, cuando se convierte en esperanza para un hombre, también puede ser la esperanza de todo su pueblo.

Palabras clave: fútbol, juego, técnico, campeonato, hermano, esperanza.

El fútbol es un buen escenario para conocer al hombre
Jorge Valdano

Los Santos es un pueblo de Urabá, de esos nacidos alrededor de la carretera, desordenados en su crecimiento porque el dinero del banano se queda engordando cuentas bancarias y da paso al imperio de las despensas vacías, los precarios puestos de salud y las aulas que esperan al maestro que no llegará. Su único norte es la vía por donde cruzan permanentemente camiones, buses y todo tipo de carros que tienen a Medellín como punto de partida o destino.

Como todo pueblo paisa, cuenta con su iglesia en el centro –en este caso a un lado de la carretera– y con una zona de tolerancia que representa una especie de microcosmos nacional, porque allí encontramos mujeres chilapas, paisas, caleñas, llaneras. Todas ellas recorren cada cuadra con su monedero bajo el brazo, en donde guardan el salvoconducto que les entregó el Jefe Militar de la región para que puedan circular de noche.

Además del clima húmedo, Los Santos sufre de unas calles destapadas que forman piscinas en invierno, ideales para los zancudos, en tanto que en verano levantan un polvo que luego se instala en los pulmones de sus habitantes. Paludismo y dolencias respiratorias son los reiterados diagnósticos que entrega el médico a niños y adultos, casi como repitiendo de memoria una lección. Sabe que no falla en su modesto pero profesional concepto.

La una y media de la tarde es peor que un toque de queda en este pueblo surcado a sus

espaldas por un río en donde mujeres negras y mulatas lavan ropa, en tanto que al ritmo del jabón y de la espuma se cuentan los últimos chismes. A esa hora todo está muerto en la alcaldía, el puesto de policía, el centro de atención de la malaria, la iglesia, las empresas bananeras, los sindicatos, los almacenes, las tiendas, los consultorios, los prostíbulos. El calor está en su fina, es el culpable mayor de la modorra que se apodera del pueblo y de sus habitantes, quienes se tiran en camas y hamacas, en el suelo de cemento frío que da frescura, en zarzos, o a la sombra de los árboles que bordean el río. La única vida que subsiste es la que proviene de algunas cantinas, cuyos empleados se duermen sobre el mostrador esperando a que un campesino termine de acariciar una cerveza y de escuchar hasta el mareo “Nadie es eterno en el mundo”.

Pero también a esa misma hora, una y media, salen de las casas y locales unos seres que caminan lentamente, buscando refugio contra el incesante bombardeo solar. Van en fila disciplinada con un objetivo común: llegar hasta la calle donde funcionan las empresas de transporte pesado, en donde a esa hora están parqueadas las tractomulas y camiones cargados de toda clase de mercancías que vienen de Medellín o van para la capital.

Después de atravesar el atrio de la iglesia, la agencia vendedora de hielo y paletas, la base militar rodeada de sacos de arena desde los cuales asoma una ametralladora emplaza-

da, llegan hasta su objetivo. Se detienen casi simultáneamente, miran en todas direcciones y como si escucharan una perentoria voz castrense, se desperdigan en medio de los carros estacionados.

Son unas cucarachas del tamaño del asombro que causa verlas y sobre cuyo gigantismo los pobladores tienen distintas explicaciones: unos dicen que es por culpa del calor que agobia a Los Santos, mientras otros se atreven a pensar que se trata de la maldición de un sacerdote, quien para castigar la negligencia de los parroquianos para dar limosnas, les anunció la llegada de unos bichos enormes que no dejarían en paz cocinas, bodegas, armarios, cajones con provisiones, ropa e incluso dinero.

La gente permanece a la expectativa preguntándose si ése será el paso siguiente a la hasta ahora exhibición meridiana de estos animales. Mientras tanto, éstos llegan a disfrutar de la sombra generosa de las carrocerías de los camiones. Allí se quedan inmóviles, como quien se siente a salvo de una feroz persecución. Ya los habitantes saben qué ocurre luego: cuando los adormilados conductores suben a sus vehículos, encienden el motor y los ponen en marcha, se siente un estruendo similar al de un transformador cuando explota. Las llantas que soportan diez o doce toneladas, dan cuenta de semejantes refugiados y muchos de ellos siguen pegados a las ruedas. Pero después aparece otro contingente que celebra el exterminio: las hormigas, que rinden culto al trabajo colectivo cargando por millares con los restos dejados por el paso demoledor de los vehículos.

El placer que da la bola

En Los Santos vive un hombre que trabaja en las fincas bananeras, pero que antes fue mesero, zapatero, albañil. Vino del vecino Córdoba hace más de 20 años, conoció en el pueblo a una paisa de Cañasgordas y se enamoró de ella porque su risa le inspiraba la misma calma que siempre encuentra en su confidente laguna de Ayapel. Es un hombre moreno, de baja estatura, con una sonrisa permanente, por la cual lo llaman “El Cojo Alegre”. Al apodo también contribuye el ritmo desacompañado de su pierna izquierda, causado por una fractura que sufrió jugando béisbol en su pueblo. Pensó que se consagraría atrapando una bola en el aire y no se dio cuenta de que la cancha se había acabado y que lo que seguía era un abismo de más de seis metros.

Desde ese momento, “El Cojo” juró que mínimo uno de sus dos hijos sería beisbolista. Hoy, sin embargo, tiene que reconocer su frustración porque a ambos lo que menos les gusta es coger la pelota con las manos:

“Miren –les dice– con la pelota uno se siente acariciando las nalgas de una mujer, se siente un placer del carajo. Además te sientes más hombre porque la tienes completamente dominada, a tu gusto, puedes lanzarla como quieras, cuando quieras y a donde quieras. El mejor sentido del hombre es el tacto porque disfrutas tocando, acariciando, rozando y porque al mismo tiempo puedes imaginar lo que se siente cuando recorres con tus manos el cuerpo de una mujer. Les confieso que cuando me siento inspirado, voy y me dedico a acariciar una pelota de béisbol... ¡ah!, se me van los minutos, las horas mientras se me revuelven las sensaciones de lanzar la pelota al bateador y recorrer palmo a palmo los senos de una pelada de 17 años. Lástima que cuando estoy en lo mejor, me sacude el grito de mi mujer: ‘¡Pollo, vení a almorzar!’”.

Los dos hijos de “El Cojo” querían ser futbolistas, para ellos el placer estaba en la magia que crea una pierna zurda sello Maradona, que con el balón pegado al pie parece como con un cauchito, que hace túneles, sombreros, ochos, y que deja a los rivales tan azonzados como cuando a una señora en el centro de la ciudad le cae una nube de gamines y se queda sin saber cuál de todos le arrancó la cartera. Ambos habían hecho un juramento cuando tenían nueve y diez años: “uno de los dos tiene que llegar a triunfar. Imposible que dos hermanos futbolistas puedan sobresalir en el mismo nivel y con la misma calidad. Tendrá que haber uno mejor que el otro. Pero no sabemos cuál va a ser. Lo importante es que el otro se sacrifique, si es necesario, en lo que sea y como sea, porque el triunfo de uno es el triunfo de los dos”.

Ambos empezaron a jugar en distintos equipos. El uno lo hacía de centro delantero y el otro de diez. El uno era el típico pescador de área que no perdonaba balón para meterlo adentro, mientras el otro era un creador de juego, con una inspiración para abrir espacios, jugar al vacío, desbaratar esquemas defensivos y en general tenía genialidad con o sin el balón. Porque él leyó una vez a Maturana repitiendo una frase de Menotti: “cuando los cerebros caminan en una cancha es porque están pensando”.

Los hermanos Pitalúa fueron haciéndose famosos en la región, entre otras cosas porque

prácticamente ellos dos conquistaron para Los Santos el campeonato regional de Urabá, imponiéndose incluso sobre Turbo, la potencia futbolística que ya “exportaba” jugadores para Medellín. Asistir a un partido donde actuaran Rafael y Nicolás, era disfrutar de un concierto en el que la melodía estaba a cargo de dos músicos, y la armonía por cuenta de otros nueve. La agilidad mental y física de uno se complementaba con la capacidad fulminante para definir en fracciones de segundo que tenía el otro.

—Éstos no juegan de memoria, sino de corazón —decía Rodrigo, el técnico de Los Santos, un moreno que quiso ser árbitro pero que por falta de apoyo se dedicó a entrenar equipos. Animado con el triunfo alcanzado, Rodrigo viajó a Medellín y se llevó para Los Santos al entrenador de la Selección Juvenil de Antioquia, con el fin de que viera su equipo y en especial a los hermanos Pitalúa. Él se maravilló de tal manera que los invitó a Medellín para practicar con la Selección. Sin embargo, él sabía que le hacía falta un centro delantero, un goleador que le diera el puntillazo final a todo ese despliegue

técnico propio del fútbol paisa. Y veía en Rafael la solución de esa suerte de complejo que parecía esconderse tras la carencia de rematadores netos que venía agobiando a las selecciones antioqueñas.

Después de mucho llorar, Rafael sacó su carné de jugador, le quitó su foto y, junto con la camiseta de Antioquia, se lo entregó a Rafael. Luego se abrazaron, tan fuerte o más como cuando celebraron el mejor de sus goles.

Peor que gol de camerino

Pero no podía faltar el miércoles a mitad de semana: Rafael tenía un año más de la edad máxima permitida en una selección juvenil. Esto se lo dijo el técnico aparte al muchacho, por lo cual tenía que excluirlo de la nómina. Nicolás ya estaba por fuera porque a juicio del entrenador había un diez con más experiencia, con formación de club profesional.

—Otra vez será —, le dijo a Nico mientras le palmoteaba el hombro. Los dos hermanos se encontraron a la salida de la liga. Esta vez fue una mirada vidriosa arrojando la frustración lo que unió a uno y otro. Ambos corrieron a abrazarse y contarse sus penas, mientras se secaban las lágrimas con las camisetas verde y blanca recién estrenadas de la Selección Antioquia.

Estando en la pensión que les había conseguido Rodrigo en el centro de la ciudad, apareció éste, enterado ya de lo sucedido. Llamó aparte a Rafael y se lo llevó para una heladería que había en la parte baja del local. Al rato apareció Rafael solo, cuando ya Nicolás empezaba a descomponerse sin saber qué estaba pasando. Rafa miró fijamente a Nico y le puso la mano sobre el hombro:

—Necesito que me ayudes, es la hora de cumplir el juramento.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó Nico, aún sin entender a su hermano.

—Mucho... ¡déjame ser tú!

—¿Cómo así?

—Rodrigo habló con el entrenador de la Selección Antioquia sobre mi problema de la edad. Después de darle muchas vueltas al asunto, concluyeron que la clave estaba en mi hermano menor.

—¿Cómo así?, explícate.

—Pues que yo sea tú y que tú seas yo.

Nicolás cada vez se confundía más y ya estaba a punto de explotar.

—Dime de una vez por todas qué debo hacer para ayudarte.

—Lo que te pido es que me entregues tus documentos para yo poder jugar. En primer lugar nos parecemos, apenas tenemos un año de diferencia y aquí todavía no nos pueden distinguir, por fortuna no estamos en el pueblo. Piensa en nuestro juramento.

—¿Pero dejando de ser yo y dejando de ser tú? ¿Qué podré sentir cuando en la radio o en la prensa digan que fui yo quien marcó un gol, mientras yo estoy sentado en las tribunas sin poder celebrarlo porque las lágrimas no me dejan? ¿Qué crees tú que va a pasar con mi papá, con mi mamá, con mi novia, con mis amigos, con toda la gente que me conoce?

Después de mucho llorar, Rafael sacó su carné de jugador, le quitó su foto y, junto con la camiseta de Antioquia, se lo entregó a Rafael. Luego se abrazaron, tan fuerte o más como cuando celebraron el mejor de sus goles.

Orgullo callado

Rafael ingresó a la Selección, y como era de esperar se convirtió en la estrella del equipo. Gradualmente fue asumiendo un espontáneo liderazgo dentro y fuera de la cancha. Los periodistas anunciaban que con Pitalúa se rompía en pedazos el complejo paisa frente al arco. Los goles de Rafa eran los cinco centavos para

el peso que faltaban en los combinados antioqueños y por reflejo en el Atlético Nacional y en el Independiente Medellín. Ahora el tejido bordado por la Selección había logrado su puntada final.

Mientras, en Los Santos la sorpresa fue mayor cuando por la televisión, la radio y las páginas deportivas aparecía otro Nicolás. En tiendas, almacenes, oficinas públicas, escuelas y colegios ése era el comentario cotidiano. Sin embargo, como si al frente tuviera a un director de orquesta, el silencio de la población fue total. Una complicidad que en alguna medida sonaba a una orgullosa representatividad aportada por Rafa con su juego en la Selección, fue la respuesta al temor inicial de la familia de que se descubriera la verdad. Tanto encubrimiento no lo podía haber soñado ni el más tragón de los funcionarios públicos.

Pero reacciones en contra no faltaron. La novia de Nicolás lo echó indignada porque no estaba dispuesta a compartir su amor con dos hombres: uno frustrado por no poder jugar con la Selección y otro que triunfaba en ella, y para acabar de ajustar era el primero quien la visitaba todas las noches:

-¿No pensaste en mí cuando decidiste prestar tu nombre? No te imaginas lo que sentí cuando te oí mencionar en la radio, me hice tantas ilusiones que ya me veía viviendo en Medellín en el mismo barrio de Perea, Tréllez, Casiani... pero cuando vi a tu hermano hablando por televisión el mundo se me vino encima con casa y todo.

“El Cojo”, por su parte, volvió a condenar al fútbol porque no sólo alejó a sus hijos del béisbol, sino que ahora les había robado su identidad:

-Ahora resulta que mi hijo mayor es el menor y que éste es el mayor. Y saber que son tan distintos a pesar de que a ambos les gusta el fútbol. El Rafa es bailarín, amigo de la música de Diomedes, de tomarse los rones los fines de semana en la tienda del “Pollo” Pacho; le gustan las mujeres monas porque dice que junto a ellas tiene su propio sol; además no le gustan las clases de filosofía porque para él la cosa de vivir no es tan complicada. Por eso maldice a los entrenadores que se complican con tantos esquemas y que a la hora de la verdad no dejan divertirse al jugador, sino que lo ponen es a trabajar. En cambio Nico es devoto del Corazón de Jesús, le gustan la música ésa de carrilera y las Hermanitas Calle, no le falta su misa los domingos, se emboha con las baladas de José

José, se achanta cogiéndole la mano a la novia cuando va pa la heladería, pero se deleita en geografía cuando le hablan de todos los pueblos de Antioquia y se da cuenta de que hay muchas clases de paisas.

Días después, la Selección Antioquia ganó el campeonato nacional juvenil de fútbol. Como goleador del torneo, Rafa acrecentó su nombre y las posibilidades de jugar en el profesionalismo. Ya el apellido Pitalúa figuraba en las libretas de los técnicos del Nacional y del Medellín. Los medios de comunicación se prodigaban en elogios para la nueva revelación del fútbol antioqueño. Al mismo tiempo, Urabá se ratificaba no sólo como el principal centro productor de banana y de masacres, sino también de jugadores profesionales. Uno de ellos, Tréllez, venía de triunfar en Suiza, en donde se hizo entender poniendo a hablar a su pierna zurda con el balón, y empezaba su temporada en Argentina con el Boca Juniors de Menotti.

En plena celebración del triunfo antioqueño, un sobre llegó a las oficinas de la Federación de Fútbol. Dentro había una hoja de cuaderno y en ella un texto escrito con letra burda y cruzado de errores ortográficos:

“Uno no puede dejar de ser uno para triunfar en la vida... no quiero ser cómplice de un engaño que todo mi pueblo ha patrocinado... salgo en defensa de la honestidad que aprendí en un hogar cristiano y le informo que Nicolás Pitalúa es realmente Rafael Pitalúa, quien por tener un año más de edad no podía triunfar. Ese año más se lo echó encima su hermano Nicolás. El sano de Los Santos”.

La indignación invadió al pueblo cuando se supo de la pérdida del título de Antioquia por fraude. La alcaldía, la policía y la jefatura militar se prepararon para enfrentar la protesta. Llegaron refuerzos de Medellín, helicópteros artillados comenzaron a sobrevolar la zona. Sin embargo, la gente pareció decretar un autotoque de queda. No había mítines ni borrachos

Los medios de comunicación se prodigaban en elogios para la nueva revelación del fútbol antioqueño. Al mismo tiempo, Urabá se ratificaba no sólo como el principal centro productor de banana y de masacres, sino también de jugadores profesionales.

calmando su dolor en medio de los tragos. Pero desde muy temprano el pueblo se vio empapelado con unos afiches blancos de ribetes negros, como de sufragio. En el centro había una figura humana sin rostro pero con un punto a manera de blanco en la mitad de la cara. Y con una sola frase: "Sabemos que fuiste vos... preparate... tenés 24 horas para confesar".

La pregunta inicial entre muchos habitantes era muy concreta: ¿quiénes amenazan y a quién? ¿Serán los paramilitares, que no sólo les gusta matar a todo aquel que se parezca a un guerrillero, sino que ahora resultaron ser hinchas del fútbol y especialmente de Rafael? ¿O será acaso la Jefatura Militar? Aunque es raro porque como el equipo del batallón perdió el campeonato con el de Rafa, no debe estar muy alegre de que él haya triunfado con la Selección. ¿Pero si va y resulta ser la guerrilla? Claro que una vez en un retén, un guerrillero dijo que el verde y blanco de la Selección había que cambiarlo por el rojo socialista y el negro de la bandera comunera, y que en el escudo de Antioquia debía ir la imagen del padre Camilo Torres. ¿O será más bien esa gente que según dicen llegó al pueblo con la orden de matar a las putas y gamines?

Los minutos empezaron a correr, las horas. La gente, reunida en corrillos en tiendas, en graneros, carnicerías, esquinas, oficinas, especulaba y hasta hacía su inventario de las personas del pueblo con más fama de "sapos": aparecieron nombres de funcionarios en servicio o retiro, ex sindicalistas, señoras dueñas de pensiones en donde se alojan militares, desocupados con vocación de periodistas, uno que otro tendero de esquina y hasta Rogelio, otro jugador de fútbol que fue desplazado por Rafael cuando armaron la selección municipal.

Todos tras el batracio

El plazo se vencía el domingo a las 12 del día. Fueron muy pocos los que se atrevieron a salir a vender o comprar en el mercado. No obstante, y a medida que se acercaba la hora, todos se iban arremolinando a un lado de la

carretera. Sabían que allí aparecería el culpable, bien fuera con los pies adelante o caminando por su propia voluntad para someterse al juicio de quienes lo emplazaron. Allí estaban todas las autoridades, pero no como tales sino como ciudadanos atemorizados que aguardaban el desenlace; aparecían Rafa y Nico, unidos esta vez por el apremiante deseo de conocer al paisano que fue capaz de atentar contra un sentir mayoritario; estaba Rodrigo, quien sentía cómo se le revolvían los sentimientos de culpa y de rabia ante lo ocurrido; no faltaban estudiantes y profesores, algunos empresarios bananeros y sindicalistas, además de campesinos de distintas veredas, todos ellos deseosos de conocer al "chivato" que se tiró en todo.

El reloj de la iglesia de Los Santos dio las doce. Cada campanada era un paso más a un final en el que no dejaba de rondar la muerte. Cuando terminaron de sonar, apareció de entre la gente una mujer madura, trigueña, con el pelo negro y lacio recogido por una hebilla, de brazos regordetes, piernas gruesas, con una bata florida que empezaba a quedarle estrecha. Se paró en la mitad de la calle polvorienta y se dirigió a los presentes que la miraban entre sorprendidos y enojados:

-Van a pensar que soy una madre y una santeña desleal, que no sólo no quiere al pueblo sino que tampoco quiere a sus hijos, pero eso no me importa. Antes porque los quiero fue que informé a la Federación sobre el fraude. Pero sobre todo hice eso porque como paisa que soy, no puedo aceptar que un costeño sea mejor futbolista que un antioqueño, y para acabar de ajustar tenga que serlo con nombre prestado. Y estoy hablando de mi hijo.

De inmediato se acercó a Rafael y le pidió su carné de jugador. Con mano temblorosa, arrancó la foto de aquél y se lo entregó a Nico, luego de besar en la frente a su Rafa.

-Tomá Nico, volvé a ser vos.

En ese momento desfilaban las cucarachas por el atrio de la iglesia, mientras del pueblo se apoderaba el silencio de la una y media de la tarde. ■